

Nancy Bilyeau

El cáliz

Traducción del inglés de
Alejandro Palomas

alevosía 

*A Kate McLennan,
por su apoyo justo cuando lo necesitaba*

«Y dijo Jesús: “Padre, os lo ruego, tomad de mí esta copa”».

LUCAS 22, 42

Prólogo

Mientras en la noche del 28 de diciembre de 1538 me preparaba para el martirio, no pensaba en mis seres queridos. En vez de eso, oculta en un estrecho cementerio en compañía de siete hombres, acusados todos nosotros de haber empleado la violencia en las escaleras de la catedral de Canterbury, estudiaba con atención las palabras labradas en la lápida contra la que estaba acurrucada.

La inscripción rezaba así: «Aquí yace enterrado el cuerpo del hermano Bartholomeus Giles, del priorato de la Iglesia de Cristo de Canterbury, que dejó esta vida el 16 de junio de 1525». Qué afortunado había sido el hermano Bartholomeus. Había rezado, cantado, laborado y estudiado y, cuando su cuerpo se había debilitado, lo habían trasladado a la enfermería para encontrar allí la muerte, afortunadamente ajeno por completo al hecho de que la suya era la última generación que serviría a Dios en un monasterio británico. Aquel humilde monje nada sabía sobre la Disolución.

Esa noche lucía en el firmamento sobre mi cabeza apenas un cuarto de luna, que brillaba, inflamada en el cielo azabache, iluminando lápidas y mausoleos. Era sin embargo una luna difusa y no el orbe profusamente detallado que yo había visto en otras noches invernales. Debía de ser porque nos encontrábamos cerca del mar. Yo había estado en Canterbury en otra ocasión, en el transcurso del viaje en el que había sido concedora de mi destino. En contra de mi voluntad, había sido depositaria de una profecía a la que temía por encima de todas las cosas. Aun así, esa noche estaba dispuesta a cumplir con sus designios.

Cada uno de nosotros habíamos elegido una lápida del cementerio tras la que ocultarnos, en un panegírico a un hermano fallecido. Los siete hombres que me acompañaban, en especial uno de ellos, eran para mí como hermanos. El hermano Edmund Sommerville, de pie a pocos metros de mí, me miró y yo asentí, haciéndole saber de ese modo que estaba preparada. Ambos sabíamos que la hora estaba próxima. El hermano se sopló sobre los dedos helados y yo lo imité. Nuestras manos tenían que ser lo suficientemente diestras para coger con fuerza las armas que llevábamos con nosotros. Iba armada con una roca de borde afilado. Él blandía un garrote. Los dos carecíamos de práctica en el combate. La fe nos concedería la fuerza necesaria.

Cuando el rey Enrique VIII había ordenado la supresión de nuestra casa, el priorato de Dartford, a ojos del mundo habíamos pasado a ser simplemente Edmund Sommerville y Joanna Stafford. Yo había hecho todo lo posible para impedir que eso ocurriera. Durante los últimos meses de existencia del priorato de Dartford había registrado bajo coerción el convento en un intento por encontrar la corona de Athelstan, un objeto que, según me había jurado el propio obispo Stephen Gardiner, habría de poner fin a la destrucción. Pero la búsqueda había dado giros insospechados —y mortales— y, al terminar, nuestro priorato, de 180 años de antigüedad, había cerrado para siempre sus puertas como lo habían hecho ya otros monasterios. Ese había sido el fin de los castos esplendores y de las humildes glorias de la única casa de hermanas dominicas de Inglaterra. No habíamos tenido otra opción que la de renunciar a los hábitos y a los tocados y partir. En mi caso, me había trasladado al pueblo más cercano y, con un puñado de refugiados procedentes de otros prioratos, había intentado con todo mi empeño labrarme una nueva vida. Pero también eso había tocado a su fin. La crueldad de la corte real se había cernido de nuevo sobre mí. Había visto el miedo, la traición, la pérdida —y también el valor— y la sangre derramada en Tower Hill.

La figura de un hombre cruzó el cementerio como una exhalación. A la luz de la luna, el rostro del padre Oswald, antaño monje cisterciense, era un rayo de plata en la capucha de su capa. Ocul-

taba así las heridas que aquellos que nos odiaban y nos llamaban «papistas» le habían infligido en el rostro y en el cuerpo.

—Pronto nos trasladaremos a la catedral —dijo el hermano Oswald con un susurro entrecortado.

Mi mano se tensó sobre el filo de la piedra. En cuestión de unos instantes, los hombres enviados por el rey saldrían de la oscura catedral, cargando una caja de madera sagrada. Y nosotros los estaríamos aguardando.

Tomás Becket, el arzobispo de Canterbury, había sido asesinado en esa misma catedral hacía trescientos sesenta y ocho años por haberse negado a someterse a la voluntad de un rey terrenal. Tras su muerte, Roma lo había proclamado santo. Su tumba se había convertido en lugar de peregrinación, y con ello en el destino más sagrado de toda Inglaterra. Pero Enrique VIII había declarado criminal a nuestro reverenciado santo y había ordenado vaciar su sepulcro. Al día siguiente se celebraba el aniversario del asesinato de Becket. Antes de la llegada del primero de los valientes peregrinos habría tenido lugar la profanación. En ese momento los hombres del rey desvalijaban el féretro, la caja ornamentada que contenía los huesos del arzobispo. Los restos de Becket arderían en llamas y sus cenizas se esparcirían al viento.

Se trataba sin duda de la última crueldad del rey, que ya nos había quitado todo, a mí y a quienes habíamos vivido en clausura y dedicados a nuestras vidas espirituales.

—He oído las plegarias del prior desde la puerta lateral —informó el hermano Oswald—. En ellas suplicaba a los hombres del rey que le permitieran rezar antes de que se llevaran el féretro y han transigido. Saldremos a la calle en unos minutos.

El monje se santiguó.

—Que Dios nos asista —pidió, alzando un poco la voz—. Esta noche somos la mano que ejecuta Su obra. No olvidéis que el Santo Padre nos dará su bendición. No tiene conocimiento de lo que aquí nos ocupa, pero en cuanto esté hecho, toda la cristianidad nos estará profundamente agradecida.

No disponíamos de mucho tiempo. El hermano Oswald, nuestro líder, cayó de rodillas y empezó a rezar con las manos tem-

blando de puro fervor. Trece meses antes, cuando el hermano Edmund y yo lo habíamos conocido, era un monje sonriente y rebosante de esperanza. Al hermano Oswald lo habían echado de su monasterio, pero él estaba convencido de que aprendería la voluntad de Dios vagando por el país en compañía de una docena de monjes también desplazados. Hacía apenas unas semanas que lo había vuelto a encontrar, en esta ocasión esquivando golpes. Ya no quedaban sonrisas en el hermano Oswald. Aunque ¿cuándo había sido la última vez que yo había sonreído, o, peor aún, que había comido un plato caliente o había dormido una noche entera? No habría sabido decirlo.

Un perro ladró en la calle adoquinada que separaba el cementerio de la catedral. Sus embravecidos ladridos reverberaron contra la imponente catedral. Me encorvé, tapándome la boca con la mano para que mi aliento caliente no formara una nube blanca sobre la lápida.

Otro perro, este desde más lejos, aunque en la misma calleja, respondió al primero. La primera bestia corrió hacia él, ladrando más frenéticamente. Enseguida corrieron juntos, cruzando Canterbury en busca de travesuras. El sonido de sus ladridos se desvaneció por fin, fundiéndose en el silencio.

—¿Hermana Joanna?

Era el hermano Edmund. Incluso iluminado por la luz de la luna, el cambio que se había operado en él me sobresaltó. Su decisión de tomar ese proceder hacía unos días había investido a mi amigo de una gran serenidad de ánimo. Pero en ese momento el pánico titilaba en sus ojos marrones.

—¿Habéis cambiado de opinión? —susurré.

Abrió la boca y la cerró al instante. Me habría gustado saber cuál era la causa de su crisis.

—¿Se trata de la hermana Winifred? —pregunté. Sabía lo mucho que el hermano Edmund quería a su hermana menor. Tanto como yo, pues era mi mejor amiga.

Siguió sin responder. Los demás estaban terminando de rezar el rosario. El murmullo de plegarias susurradas y el tintineo de las cuentas flotó sobre las tumbas.

—Y vos..., ¿qué me decís de Arthur? —preguntó por fin el hermano.

Bajé la vista hacia la lápida del hermano Bartholomeus. No quería que el hermano Edmund me viera los ojos, pues temía que me leyera el pensamiento. Y es que no era Arthur, el pequeño huérfano que dependía de mí, quien había acudido a mi mente, sino un hombre adulto. Vi el rostro enfadado de Geoffrey Scovill y volví a oír su voz: «Habéis perdido el juicio, Joanna. Lo que hacéis es una auténtica locura y no cambiará nada».

Si esa noche encontraba la muerte allí, en las calles de Canterbury, con ello liberaría por fin a Geoffrey, el agente del orden que me había ayudado una y otra vez. Nuestro vínculo, tenso durante mucho tiempo, quedaría zanjado y él podría por fin empezar una nueva vida. Geoffrey tenía veintinueve años, dos más que yo. No era ya tan joven, pero desde luego tampoco era viejo. La nuestra era una misión altruista. Tendría que haberme dado fuerzas y sin embargo la sensación que me embargaba era exactamente la opuesta. Sentí que se me revolvían las tripas. Estaba tan desfallecida que apoyé la frente contra la lápida.

—Ha llegado la hora, hermanos y hermana —empezó a decir el hermano Oswald. Los demás emergieron de detrás de los monumentos. Me separé de la lápida, empujándome con una mano y sin soltar en ningún momento la piedra que llevaba en la otra, y ocupé mi sitio en la fila que se movía despacio hacia la calle.

La verja chirrió cuando nuestro cabecilla la abrió de un empujón y se deslizó con decisión.

Uno de los monjes exclamó:

—¡Aquí salen! —En las entrañas de la catedral vimos el movimiento de luces.

Se oyó un estrépito de cascos en la estrecha callejuela empedrada y apareció un hombre a caballo. Enseguida reconocí los colores de los Tudor en su librea blanca y verde. Era un soldado del rey que debía de haber estado apostado fuera mientras los demás extraían el ataúd de su cripta. Detuvo el caballo y clavó la vista en nosotros, dispuestos como estábamos delante de él en una fila dispar.

Uno de los monjes que estaba a mi lado siseó. Al primero le siguió otro. Y luego otro.

El soldado se encogió en la silla y nos miró, boquiabierto. Vi entonces que era apenas un muchacho. Tendría unos dieciocho años a lo sumo. Con nuestras largas y maltrechas capas y sayos, siseándole, debíamos de parecer un atajo de espectros.

El muchacho agitó las riendas y espoleó a su caballo para regresar a la parte delantera de la catedral y, sin duda, advertir a los demás soldados. El hermano Oswald echó a correr tras él y sus seguidores procedieron del mismo modo.

El hermano Edmund los miró y se volvió luego hacia mí, indeciso.

—Id, id, id —dije, falta de aliento—. No os retraséis.

Aparté de mí al hermano Edmund, propinándole un empujón con todas mis fuerzas. Para mi alivio, se marchó. Pero fui incapaz de acompañarlo. Tenía las piernas congeladas. La luna avanzaba despacio en el cielo.

Una puerta lejana se abrió con un golpe sordo y oí gritos de hombres. A pesar de que alcancé a captarlo todo, cada uno de los sonidos que atronaban desde la parte delantera de la catedral, no pude ver nada. Sentí un latido en mis oídos. Era como el rugido del mar. La nieve empezó a caer más deprisa en punzantes ráfagas. Saqué la lengua para saborear los copos. Habría hecho cualquier cosa por evitar el desmayo.

Me dirigí tambaleándome hacia el muro de la catedral de Canterbury. ¿A qué se debía semejante debilidad? Aquello era lo que supuestamente debía ocurrir, y el lugar que yo ocupaba en ello era de crítica importancia.

«Lo que hacéis es una auténtica locura y no cambiará nada».

Seguí oyendo las palabras de Geoffrey Scovill, desdeñosas a la par que implorantes. Era como si me estuviera minando las fuerzas desde kilómetros de distancia. Presa de la frustración, me agarré a los ladrillos para avanzar junto al muro. Tenía que combatir codo con codo con el hermano Edmund y con los demás, fueran cuales fueran las consecuencias. Por fin había decidido hacerlo y dejar así de seguir ocultándome del futuro.

Me arrastré hasta el final del muro.

Dos antorchas recién prendidas ardían a ambos lados de la entrada. Agazapado en la puerta estaba el rechoncho prior, cubriéndose con las dos manos el brillante rostro. Este desconocía por completo nuestros planes para esa noche, como desconocía también la misión real para profanar el sepulcro de Becket. Para los soldados había sido tarea fácil saquear la catedral. Esa era una de las cosas que siempre jugaba en favor del rey Enrique: la parálisis de los fieles, nuestra incapacidad a la hora de oponer resistencia a la destrucción de nuestra fe, porque en el fondo nos resultaba imposible creer que algo así pudiera estar ocurriendo. Hasta esa noche. Todos nosotros habíamos jurado hacernos con el control de nuestro destino, confiando en que eso era lo que Dios quería que hiciéramos. No importaba si sobrevivíamos o no. Solo importaba que lográramos nuestro objetivo.

Delante del prior vi a cuatro soldados del rey. Había esperado que fueran más. Uno de los hombres llevaba una caja alargada. El féretro. Los demás bajaron a toda prisa las escaleras para enfrentarse a los monjes, que formaron un semicírculo en la calle.

El hermano Oswald tronó:

—En nombre del Santo Padre, os ordeno que pongáis fin a esta profanación. —Se le cayó la capucha sobre la espalda. A la luz de las antorchas, su piel albina brillaba como un cirio de adviento de la más pura cera blanca.

Aunque estaba ya acostumbrada a la palidez del hermano Oswald, su visión tuvo un efecto aterrador sobre los soldados. Uno de ellos gritó:

—Por la sangre de Dios, ¿qué es eso?

Mi atención se trasladó entonces a la vieja caja, que estaba en manos de un soldado del rey. En cuestión de segundos, el mareo se había evaporado. Una rabia feroz me recorría, activando cada poro de mi cuerpo. Todo lo que me habían dicho en Londres era cierto: la noche previa al aniversario de la muerte del santo, los hombres del rey transportaban en secreto sus restos sagrados.

No podía permitir que se llevaran los huesos de santo Tomás. Cogí con fuerza la roca que tenía en la mano y subí a toda prisa

los dos primeros escalones que llevaban a la catedral de Canterbury.

«Esta es la villa donde empezó», pensé mientras corría hacia la puerta. «Y es también la villa donde terminará».

Primera parte
Diez años antes